

Homilía de II Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2011 - 2012 - (Ciclo B)

“Habla, que tu siervo te escucha.”

Introducción

El domingo pasado celebrábamos el bautismo del Señor, siendo ese evangelio una transición entre las fiestas de la Navidad, que culminan en la Epifanía siendo el bautismo una espléndida teofanía, y el tiempo ordinario. En el Evangelio de este domingo Cristo comienza su misión redentora por sus obras y por sus palabras. Su primer gesto profético es la llamada a los primeros discípulos. Todo un Dios que se ha hecho hombre para implicarse en nuestra vida necesita de los hombres para llevar a plenitud el sentido de su misión. El único que puede salvar al hombre no nos quiere salvar sin contar con nosotros. La gran misión de la Salvación de Jesús no la quiere hacer como un acto solitario y autosuficiente, sino como un acto creador de comunión y comunidad; forma tan diferente de cómo nosotros solemos proceder en nuestro mundo.



Fr. Alejandro López Ribao O.P.
Convento San Vicente Ferrer (Valencia)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del primer libro de Samuel 3, 3b-10. 19

En aquellos días, Samuel estaba acostado en el templo del Señor, donde se encontraba el Arca de Dios. Entonces el Señor llamó a Samuel. Este respondió: «Aquí estoy». Corrió adonde estaba Elí y dijo: «Aquí estoy, porque me has llamado». Respondió: «No te he llamado. Vuelve a acostarte». Fue y se acostó. El Señor volvió a llamar a Samuel. Se levantó Samuel, fue adonde estaba Elí y dijo: «Aquí estoy, porque me has llamado». Respondió: «No te he llamado, hijo mío. Vuelve a acostarte». Samuel no conocía aún al Señor, ni se le había manifestado todavía la palabra del Señor. El Señor llamó a Samuel, por tercera vez. Se levantó, fue adonde estaba Elí y dijo: «Aquí estoy, porque me has llamado». Comprendió entonces Elí que era el Señor el que llamaba al joven. Y dijo a Samuel: «Ve a acostarte. Y si te llama de nuevo, di: “Habla, Señor, que tu siervo escucha”». Samuel fue a acostarse en su sitio. El Señor se presentó y llamó como las veces anteriores: «Samuel, Samuel». Respondió Samuel: «Habla, que tu siervo escucha». Samuel creció. El Señor estaba con él, y no dejó que se frustrara ninguna de sus palabras.

Salmo

Salmo 39, 2 y 4ab. 1. 8-9. 10 R. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Yo esperaba con ansia al Señor; él se inclinó y escuchó mi grito. Me puso en la boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios. R/. Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, y, en cambio, me abriste el oído; no pides holocaustos ni sacrificios expiatorios; entonces yo digo: «Aquí estoy». R/. «-Como está escrito en mi libro- para hacer tu voluntad. Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas». R/. He proclamado tu salvación ante la gran asamblea; no he cerrado los labios, Señor, tú lo sabes. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 6, 13c-15a. 17-20

Hermanos: El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor; y el Señor, para el cuerpo. Y Dios resucitó al Señor y nos resucitará también a nosotros con su poder. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? El que se une al Señor es un espíritu con él. Huid de la inmoralidad. Cualquier pecado que cometa el hombre queda fuera de su cuerpo. Pero el que fornicación peca contra su propio cuerpo. ¿Acaso no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que habita en vosotros y habéis recibido de Dios? Y no os pertenecéis, pues habéis sido comprados a buen precio. Por tanto, ¡glorificad a Dios con vuestro cuerpo!

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 1, 35-42

En aquel tiempo, estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: «Este es el Cordero de Dios». Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: «¿Qué buscáis?». Ellos le contestaron: «Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?». Él les dijo: «Venid y veréis». Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; era como la hora décima. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice: «Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo)». Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce: Pedro)».

Pautas para la homilía

Los caminos del Señor son inescrutables.

La primera lectura y el Evangelio tienen en común el tema de la vocación en su sentido más preciso: es Dios quien llama al hombre a seguirle de una manera misteriosa; misteriosa y plural. En estos relatos vemos como la manera de llegar a Dios y a Jesús es diferente y sorprendente: Elí, sumo sacerdote completamente desprestigiado ante los ojos de Dios y de su pueblo, es el encargado de guiar al gran profeta Samuel hacia la respuesta correcta para Dios, Juan el bautista es el que señala a los que eran sus discípulos cual es el verdadero “Cordero de Dios” y uno de ellos, Andrés, es el que va a buscar a su hermano Simón Pedro para llevarlo ante Jesús. Si continuase el relato evangélico veríamos como se completa con la vocación de Felipe, al que esta vez el propio Señor llama (Jn 1, 43) y finalmente con la de Natanael que encuentra a Jesús por indicación de Felipe (Jn 1, 45). ¿De qué nos está hablando esta variedad de situaciones? En primer lugar de que Dios se sirve de infinitos caminos e incluso de caminos impensables para los hombres (como es el caso de Elí) para manifestarse y seducir a los hombres. La vocación, que es la llamada de Dios para todos los hombres a vivir en su plenitud, siempre nace de Dios como un don, como un regalo, pero puede llegar a nosotros a través de muchas mediaciones: un hermano (Andrés), una persona que admiramos (Juan), nuestra comunidad de fe, nuestro trabajo o desde nuestras aspiraciones más altas (la verdad o la belleza). Las mediaciones así no sólo se nos presentan ocasionales sino necesarias para nuestro camino de fe. En definitiva tenemos que afirmar que los caminos por los que Dios nos llama y entra en nuestra vida “son inescrutables” (Rom 11, 33).

Conocer a Jesús es una experiencia vital.

Las lecturas de este domingo también nos hablan sobre cómo se conoce a Dios. El conocimiento de Dios no es un mero acto intelectual sino un acto vital. No es una actitud estática sino sobretodo dinámica. En primer lugar vemos como Samuel aun “estar acostado en el templo, donde estaba el arca de Dios (...) no (le) conocía (...)” pues aún no le había sido revelada la palabra del Señor”. La proximidad física e intelectual no implica el conocimiento, sino que éste sólo se da cuando el hombre se pone en movimiento (se despierta) y se dispone a la escucha de la Palabra. Lo mismo le sucede a los discípulos, que al acercarse a Cristo no le preguntan por su identidad sino por donde vive. La respuesta de Jesús es el paradigma de la forma de conocer a Dios “venid y veréis” (Jn 1, 39). La búsqueda de Dios es algo que ha de implicar todas nuestras capacidades y todo nuestro ser. Ha de ser una experiencia profunda que ponga en juego a la persona. En definitiva nos hemos de jugar la vida para ganar la vida nueva que Cristo nos regala. Además es una experiencia dinámica. Si nos fijamos en las dos lecturas cada vez que aparece Dios o Jesús llamando al hombre implica un movimiento: un desplazamiento desde el lugar donde estaba dormido (Samuel) o en reposo (los discípulos con Juan). Esto nos está hablando de que la única manera de conocer al Dios de Jesús es poniendo en movimiento nuestras vidas para seguirle, olvidarnos de todas nuestras estabildades físicas, mentales y emocionales para estar abiertos a su mensaje; en definitiva el ser unos peregrinos por la esperanza en este mundo hacia la plenitud del Reino de Dios.

El encuentro con Jesús cambia nuestra identidad.

Hasta ahora hemos visto que implica esta llamada a la vocación cristiana, al seguimiento de Jesús, por parte del hombre; pero ahora nos queda por analizar que implica por parte de Dios. Jesús no sólo invitó a sus discípulos a permanecer con Él sino que les dio una nueva vida y una nueva identidad. El caso paradigmático de ello es Pedro. De él nos dice el evangelio que Jesús se le quedó mirando, lo reconoció y le cambió el nombre (Jn 1, 42). Jesús, cuando nos acercamos hacia Él para recorrer juntos el camino de la vida, nos trata de la misma forma. En primer lugar nos mira fijamente y con cariño porque no le somos indiferentes. El camino del discipulado no es el de una masa siguiendo a un líder mediático o carismático, sino el de una comunidad viviendo y compartiendo con el Rabí su vida, su enseñanza y su misión. En segundo lugar nos reconoce, nos llama por nuestro nombre porque lo sabe, conoce nuestra historia, nuestras debilidades y nuestros miedos y aún así no tiene reparo en llamarnos y confiar en nosotros. Por último nos da una nueva identidad: a Simón le llamó Cefas y a cada uno de nosotros nos da para empezar la nueva identidad de ser hijos de Dios, hermanos en Cristo y templos del Espíritu Santo como nos recordaba hoy san Pablo. Una nueva identidad que no anula nuestra antigua identidad, como sería el caso de una secta, sino que la lleva a la plenitud. Pero este nuevo nombre no es sólo algo propio sino que implica una misión, un papel en el plan de Dios para con los hombres. Pedro es llamado así no sólo por capricho sino porque “sobre esta piedra construiré mi Iglesia” (Mt 16, 18).

Todos tenemos un nombre y una misión para la obra de Dios en el mundo. Descubrirlo es una de las mayores aventuras de amor que implica la vocación cristiana. Sólo de Dios nos viene este nuevo nombre porque sólo de Dios nos viene la vida en plenitud. Además estas lecturas nos ayudan a recordar que todos somos prescindibles para los planes de los hombres, pero ninguno de nosotros somos prescindible para los planes de Dios.



Fr. Alejandro López Ribao O.P.
Convento San Vicente Ferrer (Valencia)

Evangelio para niños

II Domingo del tiempo ordinario - 15 de enero de 2012



Los primeros discípulos

Juan 1, 35-42

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo estaba Juan con dos de sus discípulos y fijándose en Jesús que pasaba, dijo: - Este es el Cordero de Dios. Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió, y, al ver que lo seguían, les preguntó: - ¿Qué buscáis? Ellos le contestaron: - Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives? El les dijo: - Venid y lo veréis. Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; serían las cuatro de la tarde. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encontró a su hermano Simón y le dijo: - Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo). Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: - Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que significa Pedro).

Explicación

Juan Bautista dijo a sus seguidores, refiriéndose a Jesús: Ese es estupendo y el único a quien merece la pena conocer y seguir. Y sus discípulos se fueron con Jesús y le preguntaron: Maestro, ¿dónde vives? Jesús les contestó: Venid y lo veréis. Y se quedaron con él.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

NARRADOR: Los discípulos de Juan Bautista escuchaban entusiasmados las palabras que éste les dirigía. Y le hacían muchas preguntas.

ANDRÉS: Juan, hablemos del Mesías. Quisiéramos conocerlo.

DISCÍPULO: Dices que le bautizaste en el río Jordán. Pero, si es el Mesías ¿por qué le bautizaste tú?

JUAN: Preguntáis muchas cosas, y sólo puedo deciros que el Mesías es más importante que yo.

ANDRÉS: ¿Cómo de importante Juan?

JUAN: Tan importante que no soy digno de desatar la correa de su sandalia.

NARRADOR: En ese momento, fijándose en Jesús que pasaba, dijo:

JUAN: Este es el cordero de Dios. Mirad que se acerca; él podrá responder a todas vuestras preguntas.

ANDRÉS: ¿Vamos a su encuentro? A mí me gustaría saber algo más de Jesús.

NARRADOR: Andrés y el otro discípulo de despedieron de Juan y se acercaron a Jesús. Éste les vio titubeantes y les preguntó:

JESÚS: ¿Qué buscáis?

ANDRÉS: ¡Maestro! ¿dónde vives?

JESÚS: Venid y lo veréis.

NARRADOR: Andrés era uno de los que oyeron a Juan y fue en busca de su hermano Simón.

ANDRÉS: ¡Simón, ven conmigo! ¡Hemos encontrado al Mesías!

SIMÓN: ¿Tu maestro, Juan Bautista, es el Mesías?

ANDRÉS: ¡No, qué va! El Mesías es Jesús.

SIMÓN: ¿Jesús? ¿qué Jesús?

ANDRÉS: ¡Pues Jesús! Espera..., le llamaré. ¡Jesús, Jesús, sal por favor! quiero presentarte a mi hermano.

JESÚS: Tú eres Simón, el hijo de Juan.

SIMÓN: ¿Y cómo lo sabes?

JESÚS: Desde hoy te llamarás Cefas.

SIMÓN: ¿Y qué significa eso?

JESÚS: Significa Pedro, porque tú eres la piedra sobre la que edificaré mi Iglesia.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández